

mis razones para pensarlo, razones muy serias...

FLORA (*fingiendo alegría*).—¡Bah! Usted ha soñado, Casusito, como yo con mi fantasma de cristal... ¡Qué disparate!

D. VALENTÍN (*observándola atentamente*).—Que no me fio... que no me fio... Y además, ¿qué habría de particular?

FLORA.—De particular, nada... pero (*suspirando*) no hay tal cosa. Nada, que se ha equivocado usted, Casusito, de medio á medio.

D. VALENTÍN.—¿Equivocarme yo? Difícil me parece. ¿Qué hacemos todos en la temporada sino ocuparnos en averiguar si la menganita con el fulanita...? El juego de los *compromisos*, como decimos por acá, con agravio de la intención y del lenguaje, es muy divertido, y por cierto que no queda señorita *comprometida* ó por *comprometer*, que yo no lo sepa el primero.

FLORA.—Pues, esta vez su centro de informaciones ha perdido el crédito. ¡Cambie

usted de rumbo, Casusito, y adelante con la pesquisa!

D. VALENTÍN (*risueño*).—¡Picarona..., reservadota..., mala amiga!... ¿Qué? (*escuchando*) ¿me llaman? ¿no ha oído usted? ¡Casuso! ¡Casuso!

FLORA.—Sí, es en la torre. Parece la voz de Ernestina.

D. VALENTÍN (*fuerte*).—Allá voy... (*se levanta, saluda, coge la guitarra y desaparece por la puerta de la torre*).

ESCENA II

FLORA

FLORA (*cavilosa*).—¡No puede ser..., imposible! ¡sueños de Casuso! ¡disparates de Casuso! ¡mentiras de Casuso!... Jamás me ha dicho nada, ni con olor de galantería siquiera, porque su fatuidad lo pide todo para sí. Es de esos hombres que creen muy serios que todas las mujeres se derriten sólo de verlos... Tiene la cabeza hueca y el cuerpo de corcho. Ese, adonde va, va por algo,

¿y qué vendría á buscar cerca de mí?... Ni juventud, ni belleza, ni dinero... Si algo bueno poseo, lo llevo en el alma, y eso no lo ven sus ojos materiales. ¿La influencia política de papá? ¡qué influencia que para él mismo no sirve!... Además, y aunque no me las eche yo de policía como Casuso, me consta que anda por la otra, y en esto se muestra lógico... ¡Mentiras de Casuso! ¡disparates de Casuso! (*se levanta y va hacia la izquierda*)... Mentiras que me han trastornado un poco: en esta caza desesperada del hombre, oigo tiros y no sé dónde suenan ni quién los dispara. Siga el juego de la gallina ciega. ¡Ay! ¡qué aburrida estoy! (*se detiene, vacila y vuelve á la derecha*). No quiero ir de ese lado, que *él* dirá que voy á buscarle... Otro estúpido, otro hombre de corcho, necio, corrompido como el otro, no tan vano como el otro, pero hombre al fin, ¡un hombre! el sostén, el escudo, el pedestal que busco, que necesito... (*pausa*). Mi tía de Córdoba, que vive sola, tiene siempre en la antesala de manifiesto un sombre-

ro de copa y un bastón, símbolos de la autoridad masculina, que sirven de advertencia al visitante... (*pausa*). ¡Dios mío! ¿por qué ha de ser esto así?... Lo gracioso es que no sé si está de ese lado ó en la torre; ¡miren ustedes cuánto me interesará ese *utensilio* indispensable para la vida social! trasto por el que suspiro, mamarracho tras del cual me afano... Sin marido no soy nadie, sin hombre nada valgo... ¿Dónde estará esa fiera salvaje? aquí la espero con esta cinta de seda para aprisionarle (*sonríe y de pronto se detiene, poniéndose muy seria*). ¡Mamá! ¡buenas noticias la voy yo á dar de mi fiera!

ESCENA III

FLORA. — MISIA LORETO

MISIA LORETO (*llegando sofocada*).—¿Qué haces, Florita?

FLORA. — Nada, mamá. Estábamos en la torre, y Casuso me dijo que se le iba la cabeza... A Casuso, cuando no se le va la ca-

beza, se le va la lengua...—¿Si bajáramos, Florita?—Bajemos. Y bajamos y nos hemos quedado aquí charlando como dos tontos. Ahora ha vuelto á subir porque le llamaron.

MISIA LORETO.—¿Y él?

FLORA (*indiferente*).—Arriba... ó abajo..., no sé.

MISIA LORETO (*afligida*).—Comprendo... Necesitas de estos apartes para respirar, para cobrar nuevas fuerzas. ¡Ay! ¡hija mía! me parece que no he de quitarte ninguna ilusión si te confieso que hoy me he convencido (tarde, pero no en balde dicen que la hilacha se muestra en la intimidad) que es el hombre más grosero... ¡Mira que aquellas canciones cuando veníamos! ¿y en la mesa? aquel pregonar de las gracias y las malas artes de esas mujeronas del *Moulin Rouge!* ¿y el brindis? ¿estaría ebrio? el alemán D. Gustavo no lo hace peor. Todo esto será muy elegante, muy refinado... ¿Qué dices?

FLORA (*secamente*).—Nada, mamá.

MISIA LORETO.—Muy refinado...; pero, delante de señoras, la educación puso siempre un freno á la licencia. Hoy andan todos desbocados, y cuanto más, mejor... ¡Comprendo! tu cultura, tu distinción, tu delicadeza, deben rebelarse... Sin embargo, ¡hay que hacerse el estómago, Florita! la necesidad lo exige. Por eso te aconsejo que no estés con él tan tiesa; deja que diga los horrores que quiera; cierra los oídos y sonríe, sonríe siempre. Que encuentre en ti benevolencia; ya se corregirá con el tiempo y en tu compañía de esos defectos... El hombre no puede ser ni cándido ni inocente, porque resulta ridículo... Sobre todo, Florita de mi alma (*vivamente*), no vuelvas á poner en duda el nombramiento de tu padre; al contrario, haz resaltar su influencia con el Presidente... Porque sabrás, si él no te lo ha dicho ó no lo has adivinado tú, que aspira á entrar en la política, quiere ser diputado... ¡Figúrate si Navigio le habrá ofrecido este mundo y el otro! pues, si él busca la influencia política de tu pa-

dre, ¿á qué sales echando agua fría sobre sus aspiraciones?

FLORA (*con despego*).—Yo no, mamá.

MISIA LORETO.—Sí, acuérdate, cuando aquello de la Suprema Corte... Bueno, ésta es una advertencia nada más. Comprendo ahora tu sacrificio, tus repugnancias y desalientos y accesos de histerismo... Pero hay que llevarlo todo con paciencia. Considera que yo estoy vieja y enferma; que tu padre, con su diabetes y los apuros de su situación, no tiene cuerda para rato... ¿Qué vas á hacer sola y pobre? ¿á qué árbol te arrimarás? ¿cerca de tu tía de Córdoba, que es una beata perversa y avara? ¡los planes que alguna vez te he oído son irrealizables! Necesitas, pues, de un hombre... ¿Lo has pensado bien?

FLORA (*con amargura*).—Sí, mamá, lo he pensado.

MISIA LORETO (*sonriendo*).—Vamos á cuentas: ¿te ha dicho algo? ¿hemos adelantado...?

FLORA.—Sí, me ha dicho que mis pies le

gustan mucho, que son muy franceses... Pero, no haga usted caso, que esto me lo dice todos los días con aquella gracia de su ingenio: hoy la he visto los pies (pon aquí el equivalente), hoy la he visto los pies á la Sota.

MISIA LORETO (*contrariada*).—Es que tú no le animas... Ya sé que no puedes hablar, que debes parecer reservada; pero, dentro de la actitud pasiva de la mujer se pueden tocar ciertos resortes. ¡Total, que hemos perdido el día y el paseo! ¿y sabes cuánto nos cuesta? cien nacionales largos, con el aditamento de las propinas, que serán espléndidas, de acuerdo con la situación que aparentamos. Y lo peor, lo peor es que de Buenos Aires recibimos malas noticias... ¡Esas cartas que le entregó Pepe á Navigio al salir! Figúrate que el del pagaré más próximo no concede nueva prórroga; el de la casa exige los tres meses de alquiler y nos desahucia... y lo más espantoso: le ha salido á Navigio un temible competidor para la Corte: ¡Eneene! ¡figúrate, Eneene,

á quien todos suponían enterrado para siempre después de su vergonzosa caída! vuelcos de la política, que es una caja de sorpresas. Navigio va á escribirle al Presidente en seguida que llegemos... ¿Qué dices?

FLORA (*con tristeza*).—Nada, ¿qué he de decir, mamá?

MISIA LORETO. —Vamos, que no nos echen de menos... ¡Qué día! (*se alejan rápidamente hacia la derecha*).

ESCENA IV

D. VALENTÍN.—ERNESTINA

D. VALENTÍN (*saliendo de la torre con Ernestina*).—¡Uf! no vuelvo á subir así me maten. ¡Qué escalerita, y qué caracol más retorcido!... ¿Dónde está mi cabeza? siento un mareo...

ERNESTINA (*burlona*).—Su cabeza la ha dejado usted dentro de la copa de champaña. No ha parado de empinar el codo... ¡Son las copitas, Casuso!

D. VALENTÍN (*finjiendo enojo*).—¡Mala, calumniadora! así paga el diablo á quien bien le sirve. ¡Cumplo yo su comisión á las mil maravillas, y como premio me llama borracho!

ERNESTINA.—¡Ay, no, Casusito, simpático é incomparable amigo! Yo no soy capaz de decir una palabra tan fea... ¡Qué horror! confieso que me he excedido en la intención y también en la cuenta de los tragos... No habrán sido tres botellas, sino dos y media. ¡Vea usted si le hago justicia! y en verdad, dos botellas y media no son para marear á nadie.

D. VALENTÍN (*amablemente*).— ¡Parece mentira que sea usted tan linda y tan mala! Dios hizo bello al demonio para perdición de los hombres... Pues ahora no cuento nada, y me callo.

ERNESTINA (*mimosa*).—No, Casusito, no se ponga usted así... ¡Mire que le pellizco y le tiro al mar su sombrero! (*le coge del brazo*). A ver, Casusito... ¡Vaya! por darle gusto diré que fué sólo media botella, y esa

de agua. ¿En paz? bueno; á contar antes que vengan curiosos.

D. VALENTÍN.—A contar vamos. Cumplí la comisión que usted anoche se sirvió confiarme...

ERNESTINA.—¡Y ya me figuro con qué tacto! de frac, corbata y guantes blancos. ¡Exquisito diplomático!

D. VALENTÍN.—¿Siguen las bromas? Que enfundo el protocolo, ¿eh?

ERNESTINA.—¡No, por Dios! déjeme usted ponerme seria, muy seria... ya; ¿estoy bien así?

D. VALENTÍN.—Usted está siempre bien y á todas horas deliciosa, lo mismo enojada que alegre ó triste, dormida que despierta.

ERNESTINA.—¡Casuso, cuidado con la botella y media... digo, con la media botella!

D. VALENTÍN.—La culpa es suya, que me trastorna y me provoca... ¿Por dónde andaba yo, señor?

ERNESTINA.—Estábamos en que habló usted con la damisela.

D. VALENTÍN.—Sí, señora; acabo de ha-

blar, y puedo asegurar á usted que de lo sospechado no hay nada.

ERNESTINA (*alegremente*).—¿De veras? tan seguro parece usted...

D. VALENTÍN (*convencido*).—Segurísimo. Y lo he descubierto por un síntoma que no engaña. Al principio se mostró confusa, inquieta, emocionada; la emoción fué subiendo de punto, y, hábilmente avivada por mí, se convirtió en agitación sin disimulo posible... Entonces aprovecho la oportunidad, y ¡paf! le arrojo el nombre á la cara... ¡Como si echara agua sobre las brasas! Se calma, se tranquiliza y lo niega tan fresca, quizá desilusionada porque esperaba oír un nombre distinto. Sin esta esperanza no se emocionara y agitara tanto. Entiendo un poco de estas cosas y creo que no me equivoco.

ERNESTINA.—Si ya decía yo que era imposible, ¡estúpido! ¡Y Edelmira con su matraca diaria! ¡Cómo voy á reirme! La he ganado la apuesta, y sólo por ganársela rababa por saber si había ó no había...

D. VALENTÍN (*con intención*).—¿Nada más?

ERNESTINA (*turbada*).—Nada más.

D. VALENTÍN.—Pues Edelmira ha visto mal. Y usted también, puesto que dudaba. Ahora yo me pregunto... (*decidido*): ¿qué pitos la puede á usted importar...?

ERNESTINA (*bruscamente*).—¡Señor de Casuso, que entra usted en terreno vedado!

D. VALENTÍN (*con socarronería*).—Con el permiso de usted entonces, señorita...

ERNESTINA (*picada*).—No hay permiso... Usted demuestra una curiosidad... agresiva. Con usted hay que estar siempre en guardia.

D. VALENTÍN (*con sorna*).—Guardia que para mí no vale... Si conozco su secretito, encantadora Ernestina. No lo tape usted tanto, que más quiere usted taparlo, más pronto se destapa. Ya le veo la punta de la oreja, una puntita chiquitita, así...

ERNESTINA (*enfadada*).—¡Zonzo! á que le doy un abanicazo...

D. VALENTÍN (*grave*).—¡No, en paz! pre-

sento á usted mis excusas, señorita... (*aparte*). ¡Ya has caído!

ERNESTINA (*más tranquila*).—Acabaremos por romper las amistades... Y yo no quiero, porque le estimo á usted muchísimo, le considero un buen amigo, tengo de usted un concepto magnífico...

D. VALENTÍN (*inclinándose*).—Agradezco honra tamaña. Su amabilidad me anonada.

ERNESTINA (*riendo*).—A ver, busquemos ese otro nombre que usted sospecha, y yo también, que la damisela esperaba... Porque, puesto que el sonado no dió en el blanco, puede que otro..., otro, ¿cuál? Casuso, esta gente no da puntada sin nudo.

D. VALENTÍN.—Busquemos. (*Pausa. Ambos permanecen un minuto en silencio, con el dedo en la frente.*)

ERNESTINA (*alborozada*).—¡Ah!

D. VALENTÍN.—¿Qué? ¿le encontró usted?

ERNESTINA.—Le encontré. Oiga (*le habla en secreto*).

D. VALENTÍN (*dudando*).—Quizá... quizá.

ERNESTINA.—No hay quizá ni duda posi-

ble... (*palmoteando*). Ríase usted, Casusito.

D. VALENTÍN.—Já, já, já.

ERNESTINA.—Já, já, já... Ahora caigo en muchas cosas que no me explicaba; se aclaran muchos misterios... ¡Eso es! ¿cómo usted, desenterrador de secretos, inquisidor de conciencias, noticiero universal con privilegio y garantía de todos, cómo no lo descubrió antes, ni lo ha adivinado ahora que la ha tenido en su confesonario á discreción?

D. VALENTÍN (*desconcertado*).—Poco á poco... Con seguridad no se puede afirmar... Luego, la conciencia de ustedes es más obscura y retorcida que la escalerita esa de mis pecados. En ella muy fácilmente se van los pies y la cabeza.

ERNESTINA.—No sea usted bobo, y confiese el espantoso fiasco: la Gaceta de Marplatina no sabe lo que se pesca... Ríase usted, Casusito.

D. VALENTÍN.—Ya me río... Já, já, já.

ERNESTINA.—Já, já, já.

ESCENA V

LOS MISMOS. AIDA.—GRAZIELLA.—EDELMIRA
RÓMULO.—GABINITO

EDELMIRA (*saliendo de la torre con los demás*).—Pero ¿qué es eso? ¿de qué se ríen ustedes?

ERNESTINA.—Cosas de Casuso.

D. VALENTÍN.—Cosas de Ernestina.

GRAZIELLA.—¡Ay! ¡qué cosas! deben ser graciosísimas.

ERNESTINA.—¡Y tanto!

RÓMULO.—Riámonos nosotros también y festejémoslas, aunque no sepamos de qué se trata. Já, já, já.

TODOS, menos AIDA.—Já, já, já.

AIDA.—Maldita la gana que tengo yo de reirme. La merienda y la guitarra de Casuso me han hecho daño.

D. VALENTÍN (*indignado*).—La merienda será, que ya observé yo los muchos viajes de su bonita mano á la fuente de los pasteles.

AIDA.—Tres pasteles de mi parte, por seis botellas de la suya, no admite comparación

ni equivalencia. No, Casusito, no: han sido esos *Tristes recuerdos* suyos, que se me han metido en los oídos y no se me despegan.

D. VALENTÍN.—Eso lo que prueba es la dulzura de la melodía, que penetra en el corazón como rocío celestial, como... como... En cuanto á las seis botellas, conste y sea testigo el respetable público de la ofensa que se me hace, de la imputación calumniosa... Soy yo demasiado amigo de nuestro digno anfitrión, el doctor Soto, para atacar de tan siniestro modo sus harto mermados intereses en confabulación indigna con el dueño del *Manchester*.

GABINITO.—¡Chist, chist! Que aquí no hay paredes, pero todo se oye.

D. VALENTÍN (*bajando la voz*).—Además, la mayor amistad y el entrañable afecto, la gratitud diré también, que me unen y me unirán de por vida con mi estómago, obliganme á tratarle con más consideración que esta señora princesa etíope, con música de Verdi, se permite suponer.

AIDA.—Ahora sí que me río... ¡Já, já, já!

RÓMULO.—Tiene razón Casuso. Pero, advierta que si manos blancas... etcétera, tampoco lenguas femeninas ofenden.

D. VALENTÍN (*rendido*).—Y menos esa lengüecita rosada de picaflor. Por desagraviado me doy, y rindo mis armas (*baja la guitarra á los pies de Aida*).

AIDA.—Perdonado queda el alegre Casuso, pero con la prohibición de que nos vuelva á entristecer con sus *Recuerdos*. Guárdelos para sí y para sus noches de insomnio, y no nos llene la cabeza con sus notas que chorrean miel y goma arábica... ¿Ven ustedes? Ya me está sonando: tararí, tarará...

D. VALENTÍN.—¡Eso, eso! Tarará, tararí (*toca en la guitarra*).

Todos, menos RÓMULO.—¡Huyamos! (*dispersión general*).

ESCENA VI

D. VALENTÍN.—RÓMULO

RÓMULO.—Me alegro. Ha escogido usted el mejor argumento que podía encontrarse.